

LA SIGNIFICACION DEL CARIBE PARA AMERICA LATINA

Rita Giacalone

Centro de Investigaciones Económicas,
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad de Los Andes. Mérida

Está adscrita a la Escuela de Ciencias Políticas de la Facultad de
Ciencias Jurídicas y Políticas

Quiero agradecer ante todo la gentileza de la gente del Museo Arqueológico, al invitarme a compartir con ustedes algunas ideas quizás inconexas y preliminares, pero que pueden resultar interesantes en un año en que, lo queramos o no, estamos arribando a los quinientos años de una presencia europea masiva en América, que trajo consigo elementos culturales que tiñen hasta hoy la significación o imagen que del Caribe tenemos en América Latina.

Al hablar del Caribe lo primero que salta a la vista es su enorme diversidad y fragmentación cultural, lingüística, geográfica y política. Sin embargo, el término Caribe parece concitar en la mente una imagen sorprendentemente unitaria donde elementos musicales como la rumba, la salsa, el reggae y el merengue surge prácticamente sin pensarlo al conjuro de esa palabra. Lo heterogéneo se esfuma frente al estereotipo de una «vitalidad erótica y rítmica» (Ineke Phaf, 1989). Como trasfondo se proyecta una imagen de playas blancas, mar sereno y azul, sol omnipresente, negros mansos y mulatas bellas, que contribuyen a conformar una imagen idílica, la de un Edén conservado en la

tierra, donde la libertad es tan amplia que permite pecar hasta al más timorato y pudibundo. Esta imagen unitaria es la más común fuera de la región en general.

En este breve trabajo trataremos de confrontar esta imagen con un análisis de la geografía cultural del Caribe, para después incursionar en el ámbito de la literatura latinoamericana para destacar de qué manera ha contribuido a reforzar este estereotipo a partir de la conformación de figuras femeninas congruentes con él; para terminar intentaremos presentar un significado (o imagen) alterna más acorde con lo que el Caribe constituye frente a América Latina.

Partimos del trabajo de Kaldone Nweihed sobre «Geopolítica cultural del Caribe» (1989), para afirmar que el Caribe es una región única en la cual coinciden dos factores determinantes: uno, la extirpación casi total de las culturas originales y su reemplazo por sociedades artificiales, constituidas por una minoría dominante y una mayoría dominada, ambas venidas del otro lado del océano, de grupos étnicos diferentes y con valores que jamás habían coexistido ni se habían mezclado; el otro,

la separación deliberada de cada una de estas sociedades, a las cuales con el paso del tiempo se les permitió un acceso controlado a su metrópolis y a su cultura, pero no al mundo exterior en general y menos aún al de las sociedades similares que compartían su mismo espacio físico, en el mar Caribe y sus costas. De esta forma se constituyeron sociedades que tienen mucho en común en los términos generales de su inserción histórica y étnica, pero que tradicionalmente han vivido de espaldas unas a otras, casi encapsuladas en la red de dominación política, económica y cultural de sus respectivas metrópolis europeas. En los casos en que se produjeron contactos culturales, estos fueron producto de un largo proceso, a veces de siglos, y se dieron en áreas fronterizas tales como el Sur de Trinidad y la península de Paria y la isla de Aruba y la península de Paraguaná. Como resultado de este fenómeno, parcial y localizado, se formaron las que podríamos llamar zonas francas culturales que, por ejemplo, permiten que las hallacas y las parrandas navideñas circulen en el sur de Trinidad bajo el nombre de «pasteles» y «parang». De todas formas, estos fenómenos aislados nunca ejercieron influencia sobre la cultura oficial de sus respectivas naciones y no pasaron de ser percibidos como datos anecdóticos gracias.

La dimensión cultural más obvia y la que posiblemente ejerza todavía más fuerza en acercar o mantener separadas a estas sociedades es la lengua. La fragmentación lingüística en un Caribe francófono, anglófono, hispanófono y de habla holandesa, más la presencia de lenguas populares como el «creole» y el papiamento es todavía, después de la independencia política de muchas de estas sociedades, un factor divisorio que determina en buena medida su divergente orientación cultural. De estas divisiones la más importante

corresponde hoy en día a las áreas de habla hispánica, cuya asociación y vinculación con América Latina se ve facilitada y aceptada culturalmente, y a las áreas de habla inglesa. Tanto la holandesa como la francesa tienden a utilizar una, o a veces las otras dos lenguas (español e inglés), como forma de comunicación hacia afuera, y, de esta forma, contribuyen a insertarse regionalmente por lo menos con una de las áreas divergentes —latina y de habla española o anglosajona y de habla inglesa—. Mientras tanto el creole y el papiamento aunque reconocidas como lenguas de pleno derecho, no engloban un universo suficientemente amplio de hablantes lo que hace que, salvo a nivel de los intercambios diarios, sus hablantes manejen usualmente la lengua oficial de su sociedad. La «competencia lingüística activa», y por lo tanto también cultural, parece entonces reducirse a estos dos actores grupales: los caribeños que hablan español y los que hablan inglés.

Debe advertirse que, como ya lo señalara Andrés Serbin al tratar este tema, las definiciones culturales derivadas de sus relaciones con sus respectivas metrópolis durante la etapa colonial fueron asumidas posteriormente por las propias sociedades así delimitadas. De esta manera, a una orientación hacia Londres siguió la afirmación de una identidad «afro-sajona» por parte de las élites dirigentes de los países del Caribe de habla inglesa en su etapa postcolonial. Esta identidad acepta el componente cultural anglosajón pero le otorga un matiz propio por la afirmación de sus raíces étnicas africanas. Aquí la definición de su identidad se hace también por oposición a los vecinos que se perciben como «los otros», los distintos, o sea a los de habla española que son vistos como «mestizos» en lo étnico y latinos en lo cultural. De esta forma la independencia formal de muchas de las naciones que

conforman el Caribe se da con una afirmación básica de aquello que los separa de sus vecinos como parte de su idiosincracia o identidad última, al menos a nivel de sus dirigentes. Hay un orgullo de ser «afrosajón» como distinto a latino, que se percibe con características diferentes a las propias y, por ende, negativas.

Resulta interesante destacar que la conquista, o «encubrimiento de un mundo por otro» como la denomina Arciniegas, se inició en el Caribe y hoy, después de cinco siglos, está dando su última batalla en el Caribe. Producto de ella son «la mitificación, el ocultamiento, la distorsión y la pretensión de un blanqueo de la memoria colectiva» para cambiar los hechos y desarrollar en los pueblos caribeños ideas falsas que contribuyen a enfrentarlos y a compararlos atribuyéndose mutuamente características denigrantes. La batalla debe darse entonces en términos de desmitificación de las significaciones que mutuamente nos endilgamos como caribeños y como latinoamericanos, en buena medida como prolongación de enfrentamientos históricos coloniales.

Aquí intentaremos hacer un pequeño aporte hacia la conformación de una nueva imagen del Caribe en América Latina, tratando un tema que puede parecer sin importancia pero que cala más hondo en la comprensión mutua de estas sociedades que los datos estadísticos y el análisis de los sistemas políticos. Nos referimos a la constitución histórica de estereotipos femeninos de origen étnico, que se reflejan en algunas obras literarias latinoamericanas. Desde ya aclaramos que este análisis no pretende ser exhaustivo y constituye una aproximación al tema y, por lo tanto, una generalización.

Obviamente todo estereotipo, en tanto expectativa de comportamiento de una

determinada persona por su sexo, edad, grupo étnico, etc., transmitida a lo largo del tiempo y reforzada por su carácter común a través de distintos medios, conforma un modelo fijo y general común a todos los miembros de un grupo dado, a quienes no se les reconoce carácter de individuos. Supone «una generalización abusiva y una simplificación desmesurada» que contribuye a fijar y transmitir características atribuidas a una etnia o a un sexo por una supuesta diferencia natural. Además de señalar su carácter deformante de la realidad, se hace necesario desentrañar el estereotipo y analizarlo, tanto en sus elementos componentes como en sus orígenes, para comprenderlo y comenzar a superarlo a través de su justa valoración como producto de una inserción histórica determinada, en este caso, de las mujeres de distintos grupos étnicos en el Caribe y en América Latina.

De todos los estereotipos femeninos de origen étnico los que afectan más profundamente la imagen del Caribe frente a los latinoamericanos son aquellos de la mujer negra y de la mulata. Si recordamos que Migdaleder Mazuera (1988) ha definido los roles aceptables para las mujeres en América Latina como los de mujer-adorno, mujer-madre y mujer-compañera, vemos que la imagen de la mujer mulata corresponde primordialmente al primero de estos roles, extensivo a veces al de la mujer negra, junto con el de la transgresora o rebelde, la que no encaja en los roles aceptables y que, por lo tanto, es rechazada y despreciada por eso mismo. Con respecto al rol de mujer-adorno este estereotipo se vincula con Eva, causa del pecado original cometido por Adán bajo su incitación. De esta manera, según Mazuera, la responsabilidad del desorden introducido en la creación se atribuye a la mujer y, a través de ésta, a la sexualidad, percibida como el origen de todos los males. La

mujer es así la encarnación de la sexualidad culpable mientras la sexualidad del varón se presenta como «exenta de voluntad y, por tanto, de responsabilidad».

Los estereotipos de mulatas y negras se remontan a la época colonial latinoamericana, donde según las leyes ibéricas las mujeres eran el «embecilitas sexus», con características similares a los niños y los incompetentes. En el caso de las mujeres negras y mulatas, a esto se agregaba su carácter de mercancía por su origen esclavo. Aún aquellas negras y mulatas que llegaban a ser libres veían coartadas sus actividades como taberneras, vendedoras de mercado, lavanderas, costureras, dulceras y prostitutas, por una innumerable cantidad de restricciones legales en cuanto a vestido y adorno, movilidad geográfica, educación, etc. La única forma de evadir estas restricciones era la asociación a un hombre de posición social alta, asociación ilícita rechazada por la sociedad de la época, con lo cual si bien evadían las restricciones eran catalogadas como mujeres de «virtud fácil».

Es importante indicar que estos estereotipos acerca de las mujeres «de color» o «mulatas» también los comparten los hombres negros y mulatos. Se considera que, frente a su incapacidad para «proteger» a sus mujeres de los acosos sexuales del hombre blanco, los esclavos desarrollaron como mecanismo de defensa el culpar a las mujeres por este asedio; más aún ellas alentarían o provocarían esas situaciones con el fin de obtener beneficios materiales de las mismas. De esta forma el hombre negro y mulato contribuyó al estereotipo de la mujer mulata y negra como «fácil» e interesada. (Legros, 1982) Un factor que habría tendido a perpetuar esta imagen después de la abolición de la esclavitud y hasta el presente es que, usualmente, el hombre negro o mulato no

tuvo la capacidad económica para mantener dos hogares, el de su esposa y el de su amante, como el hombre blanco de las clases dominantes y, por lo tanto, tendió a pasar de una unión marital a otra, uniones seriadas, desvalorizando a la mujer después del abandono, (Tancer, 1976) Esta forma de unión corroboró la imagen de inmoralidad de la mujer negra y mulata, entendiéndose aquí por inmoral lo que no se ajustaba a las normas culturales cristianas, como las uniones sexuales no legales. (Campbell).

En una obra de Gabriel García Márquez, **Crónica de una muerte anunciada**, aparece el estereotipo de la mulata recreado literariamente. Así, por ejemplo, la madre del ingeniero Bayardo, es una ex-reina de belleza de las Antillas Holandesas, que habla con acento papiamento y condos hijas que el autor presenta como criaturas emperifolladas, «hermanas perturbadoras» «dos potrancas sin sosiego». La imagen se refuerza por cuanto el burdel del pueblo es también un depósito de muchas mulatas «de placer». La mujer negra de las Antillas Holandesas aparece también en **Cien años de soledad** como una prostituta de Macondo, que recibe a Aureliano, el último de los Buendía. (Phaf: 324-330).

En la literatura cubana del siglo XX las mulatas aparecen en la novela de Severo Sarduy **De dónde son los cantantes**, como artistas pobres y provincianas, que viven cerca de los night-clubs de La Habana e interpretan el son y el bolero. En Guillermo Cabrera Infante las encontramos en **Tres Tristes Tigres** y **La Habana para un infante difunto**. Aquí la capital cubana prerrevolucionaria está repleta de mulatas llegadas de la provincia en busca del éxito artístico, «que desprecian el pasado provincial de su niñez, con la pobreza, el catolicismo y el pudor

sexual...». Su gusto artístico es vulgar y se inspira en la radio y el cine; no entienden de política ni les interesan las posiciones de sus compañeros del momento sean guerrilleros o senadores.

Alejo Carpentier introduce a la mulata en **La consagración de la primavera** (1978) como un «personaje intermedio y central» y «la putain» de una familia aristocrática, que cuando estalla la revolución huye a Miami. También en «Viaje a la semilla» (**La Guerra del Tiempo**) luego del baile con las señoritas blancas en la sala de la casa, frente a sus madres, los jóvenes se van a la Casa de Baile «donde tan sabrosamente se contoneaban las mulatas de grandes ajorcas, sin perder nunca —así fuera de movida una guaracha— sus zapatillas de alto tacón». Se advierten en Carpentier con toda claridad dos elementos básicos para la configuración de este estereotipo: la disponibilidad y accesibilidad al hombre y su facilidad para la música y el baile, que asocia a la mulata con jolgorio y alegría.

En Puerto Rico es probablemente donde más se ha avanzado en el estudio de la mujer negra dentro de una sociedad mestiza y latina. Una estudiosa de este tema, Marie Ramos Rosado en 1987 se hacía eco de la existencia de un estereotipo femenino negro en la isla al señalar que «ya va siendo hora de que comencemos a pensar en las negras, más allá que como las mujeres que más fácilmente son amantes...» Un cuento corto puertorriqueño, «Cuando las mujeres quieren a los hombres», de Rosario Ferré presenta a dos mujeres, una blanca y la otra, negra, casi como imágenes contrapuestas pues son la esposa y la amante del mismo hombre, las que, a la muerte de él, se convierten en herederas por mitades de una casa. Se opera entonces en ellas una transformación porque mientras la negra ve esto

como un elemento de elevación social e instala un burdel de lujo en su mitad de la casa, convirtiéndose entonces en una señora, la viuda oficial, siempre atormentada por la obsesión de la otra, se pinta, usa altos tacones rojos y trata de imitarla en su forma de vida. De esta forma la autora está tratando de decirnos que la posición relativa de estas mujeres, aunque puede tipificarse por su color, refleja simplemente su relación social con el sistema de propiedad: la que nunca ha tenido casa propia se enaltece al ser dueña de media casa y comienza a explotarla de una forma empresarial; la que hasta ayer fuera dueña de la casa entera, aunque fuera a través de su marido, se ve ahora desvalorizada y asume el rol que la otra tuvo antes. (Méndez Clark, 1985).

La ambivalencia con respecto a la mujer negra es obvia si recordamos que en Puerto Rico hay una virgen negra, la de Montserrate, y varios poemas que ensalzan la belleza de la mulata, pero, sin embargo, Francisco Arrivi, en su cuento «Sirena» nos presenta a una muchacha mulata que recurre a la cirugía plástica para ocultar los rasgos negroides que aún perduran en ella, lo cual indica que junto al estereotipo de la mulata bella hay una desvalorización social de la misma. Esto explicaría por qué, según Gordon Lewis, el puertorriqueño «de color» se refugia muchas veces en la afirmación de que, en realidad, él o ella posee sangre india más que negra. El hecho de que los tainos desaparecieran físicamente durante los primeros años de la dominación española no ha permitido la formación de un estereotipo de la mujer indígena, pero ésta, en tanto taina, parece tener una valoración simbólica más positiva que la negra o mulata.

En el caso de la República Dominicana encontramos un elemento similar a

Puerto Rico en tanto existe también una valoración positiva de lo indígena. En esta nación la tendencia indigenista contribuyó a reforzar el mito según el cual los dominicanos no son negros; si hay negros, se trata de haitianos. Como señala Roberto Cassá, el hispanismo fue para los dominicanos «un mecanismo ideológico fundamental que utilizó y trata de utilizar la clase dominante para mantener el consenso real o aparente de los oprimidos con el sistema de dominación». La experiencia histórica del Siglo XIX, donde Haití ocupó y dominó al resto de la isla durante más de veinte años y la República Dominicana se liberó de los haitianos mediante el recurso a la ayuda española, hizo relativamente fácil «identificar al enemigo como el haitiano y al haitiano con el negro». Bajo el régimen de Leonidas Trujillo surgió además el concepto de la «dominicanidad», encarnado en el Trujillato o régimen de Trujillo, según el cual el pueblo dominicano es de «raza blanca y mestiza». La ideología trujillista revivió «como mecanismo de dominación social el antihaitianismo» o antinegrismo. No es extraño, por lo tanto, que en la literatura dominicana las mujeres negras encarnen características negativas: la Catalina de la novela *La sangre* de Tulio Cestero es «medio tocino», chismosa, ridícula, de pañuelo a la cabeza y chancleta.

Vemos que los estereotipos femeninos étnicos se entrecruzan con ideologías explícitas, o no, en las cuales, como en Puerto Rico, se niega la existencia de diferencias raciales, o como en Cuba, donde hasta la década de 1970, cuando se reivindicó su imagen de país afro-latino, prevaleció el concepto de José Martí, de acuerdo al cual «cubano es más que blanco, más que negro». El nacionalismo sirvió en estos casos para ocultar conflictos latentes o potenciales. En la República Dominicana, la experiencia histórica de ocupación

haitiana, la necesidad de obtener su independencia de Haití mediante la lucha armada y la cercanía geográfica de quien se percibe como enemigo, han exacerbado una posición antihaitiana que se manifiesta en su negativa a aceptar la participación de elementos de origen negro en su conformación nacional. Pero más allá de estas diferencias, pueden advertirse elementos comunes en su tratamiento de las figuras femeninas según su grupo étnico de pertenencia. Existe entre ellas una gradación de preferencia sexual, que confina a negras y mulatas a roles bastante limitados, pero que se mezcla con una gradación de preferencia social distinta, en la cual no es ya la mulata sino la mujer blanca quien se ubica en el punto más alto. A su vez, ambas escalas valorativas se inscriben en un trasfondo general caracterizado por una connotación negativa de lo femenino, que se asocia en la mayoría de los casos con traición, promiscuidad, superficialidad, interés y vanidad.

Una interpretación que contribuye a hacer más inteligible este fenómeno podría partir de Sidney Mintz, para quien con la conquista y ocupación de América se dieron distintas experiencias de contacto entre los grupos étnicos que aquí se encontraron. Habrían surgido entonces tres patrones de comportamiento sexual: en el primero, los amos adquirirían compañeras sexuales temporarias de otras razas, mientras aspiraban a regresar a Europa y casarse allí (Caribe de habla inglesa); en el segundo, establecían relaciones ilegítimas pero estables con mujeres de otras razas aunque estuvieran casados con europeas (Caribe de habla francesa); y en el tercero, llegaban a casarse con mujeres de las culturas sometidas y a legitimar a sus hijos como manifestación de su adaptación al nuevo medio ambiente (Caribe de habla española). Sin embargo, en el último de los casos se trataba fundamen-

talmente de alianzas con mujeres de los grupos indígenas, que muy pronto fueron exterminados o absorbidos, con lo cual el tercer patrón tendió a asimilarse al segundo. De aquí derivaría la dicotomía mujer blanca-esposa legítima versus mujer negra (o mulata)-amante.

Después de estas notas generalizantes sobre el tema de los estereotipos femeninos de origen étnico, veamos ahora su relación con la significación del Caribe para América Latina. El primer elemento que se advierte es que si existe una desvalorización social de segmentos de la población de origen étnico africano, esto contribuye a hacer extensible esta desvalorización a las naciones que se constituyen sobre la base de una afirmación de su carácter «afro-sajón». El segundo elemento es la extensión a las mujeres de esas sociedades de los estereotipos femeninos predominantes. Si bien todavía estas mujeres no poseen obvio poder político y económico en sus sociedades este proceso afecta la imagen de todo el conjunto social. De qué forma opera esto?. Lo más obvio es que contribuye a reforzar la significación «paradisíaca» del Caribe —tierra de mulatas bellas y ardientes, playas, mar y sol, donde no se trabaja, sino que la vida es un eterno jolgorio rítmico y erótico—. Esta aparente valoración positiva, al igual que en el caso de las mujeres negras y mulatas, va acompañada de una contraparte negativa: sociedades flojas para el trabajo, incapaces de producir y crear, dóciles o tontas, que, en el caso del Caribe de habla inglesa, accedieron a la independencia porque su metrópoli se la otorgó o sea que fueron incapaces de independizarse mediante su propio esfuerzo. Las contradicciones tan claras que se advierten en estas significaciones derivarían de los mismos procesos que contribuyeron a crear los estereotipos femeninos de origen étnico que señaláramos antes.

Qué importancia tiene esto a fines del Siglo XX para las relaciones entre América Latina y el Caribe, fundamentalmente el de habla inglesa?. Creemos que mucha, pues debemos estar conscientes de que, en tanto pueblos latinoamericanos somos portadores de estas imágenes estereotipadas que permean y tiñen todo nuestro, de por sí, limitado conocimiento y comprensión de la cultura, la política y la economía de estas sociedades tan cercanas pero que, por casi toda su existencia, han vivido de espaldas a nosotros. En este momento, importa poco si ese aislamiento fue obra de ellos o de nosotros, lo que sí interesa es que quinientos años después que se iniciara el proceso que dio origen tanto a esas sociedades como a las nuestras no podemos limitarnos a mirarlas con los anteojos culturales que, de una forma u otra, se nos impusieron junto con la ocupación europea. Asumir conciencia de los estereotipos que, a distintos niveles, sobreviven en las relaciones con nuestros vecinos del Caribe de habla inglesa puede y debe contribuir de alguna forma a permitirnos asumir finalmente una mirada propia, no sólo hacia el Caribe, sino también hacia nuestra propia sociedad.

Después de dicho todo lo anterior, quiero aclarar que no por esto las mulatas dejarán de ser bellas ni el sol de brillar, ni la música caribeña de sonar invitando al baile, pero que cuando oigamos esa música o nos acaricie ese sol, sepamos también reconocer que el Caribe no acaba y termina en estos elementos sino que es tan vasto, rico y complejo que puede darse el lujo de experimentar con nuevos sistemas políticos y la difícil lucha por la conformación de una identidad nacional y regional, sin perder el ritmo de la guaracha ni la «zapatilla de tacón alto» de la que hablaba Carpentier.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CARPENTIER, Alejo.
1972 **La Guerra del Tiempo.** (México: Compañía General de Ediciones)
- CARPENTIER, Alejo
1978 **La consagración de la primavera.** México: Siglo XXI.
- CASSA, Roberto.
1976 «El racismo en la ideología de la clase dominante dominicana». **Ciencia.** Vol. III, Núm. 4 (enero-marzo)
- CESAR DACHARY, Alfredo.
1990 «Caribe y América Latina: Algunas diferencias y semejanzas» en: **El Caribe: Nuestra Tercera Frontera** (México: Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos).
- DUNCAN, Ronald J.
1978 «The Tainos as a Symbol of Cultural Identity» **Revista/Review Interamericana** Vol. 8, Núm. 3 (Fall)
- GORDON, Lewis,
1963 **Puerto rico: Freedom and Power in the Caribbean** (New York: Harper & Row)
- MAZUERA, Migdaleder.
1988 «Adorno, madre, acompañante y...» **Nueva Sociedad** 93.
- MENDEZ CLARK, Ronald.
1985 «La pasión y la marginalidad en la escritura: Rosario Ferré» en **La sartén por el mango** (Río Piedras, Puerto Rico: Ediciones Huracán).
- MINTZ, Sidney.
1967 «Caribbean Nationhood in Anthropological Perspective: en S. Lewis & T. Matthews, eds. **Caribbean Integration** (Río Piedras: Institute of Caribbean Studies).
- NWEIHED, Kaldone G.
1989 «Geopolítica cultural del Caribe» en A. Bansart, comp. **El Caribe: Identidad Cultural y Desarrollo.** (Caracas: Equinoccio).
- PHAF, Ineke,
1989 «Perspectiva caribeña y percepción nacional en la literatura urbana del Caribe hispanohablante» en A. Frambes-Buxeda, ed. **Nuestra América Latina** (San Juan, Puerto Rico: HOMINES)
- RAMOS ROSADO, Marie.
1987 «La mujer puertorriqueña negra» **HOMINES** Vol. 4
- SERBIN, Andrés.
1989 «Identidad cultural y desarrollo en el Caribe Anglófono: Algunas reflexiones desde una visión antropológica» en A. Bansart, comp. **El Caribe: Identidad Cultural y Desarrollo.** (Caracas: Equinoccio).
- TANCER, Shoshana B.
1976 «La Quisqueyana: The Dominican Woman, 1940-1970» en A. Pescatello, ed. **Female and Male in Latin America** (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press).

RESUMEN

La autora quiere con el presente trabajo confrontar la imagen idílica del «Edén» caribeño con un análisis de la geografía cultural de esta zona, para incursionar luego en el ámbito de la literatura e intentar presentar un significado alterno más acorde con lo que el Caribe constituye frente a América Latina.

Palabras claves:

Mujer caribe, geografía cultural, estereotipos.

ABSTRAC

The author's aim in this study is to compare the idyllic image of the Caribbean «Eden» with an analysis of the cultural geography of the zone; she then enters the literary sphere and attempts to provide an alternative image, which accords better with what the Caribbean really represents for Latin America.

Key words:

Caribbean woman, cultural geography, stereotypes.